

elecciones o elegir a quien, al fin de cuentas, no va a representarte. Desde aquí planteamos que es derecho de todas las mujeres participar plenamente en las pequeñas y grandes decisiones que afectan nuestro vivir diario. Y sostenemos que cada aportación, cada grano de arena que ponemos, es una importante contribución a nuestra autoestima y al bien común de la nación incluyente y equitativa que estamos construyendo.

CRISTINA PALOMAR VEREA BORDEANDO LOS HUECOS DE LA DEMOCRACIA

Reseña de dos textos:

1. LOVERA, Sara y CASAS, Yoloxóchitl (comps.). *El voto de las mujeres*. Plaza y Janés, México, 2004.
2. SEFCHOVICH, Sara. *Veinte preguntas ciudadanas a la mitad más visible de la pareja presidencial con todo y sus respuestas (también) ciudadanas*. Océano, México, 2004.

Durante el año 2003 el tema de la voluntad de las mujeres por ocupar posiciones de poder implicó mucho tiempo, mucha energía y mucha tinta en distintos sectores de la sociedad mexicana a partir de dos cuestiones públicas: la primera, el progresivo protagonismo que la señora Marta Sahagún de Fox, esposa del presidente, fue adquiriendo en la escena nacional; la segunda, una serie de reuniones de algunas mujeres *empoderadas*, con el objetivo

particular de preparar la celebración de los cincuenta años del ejercicio del voto femenino en nuestro país.

Ambas cosas tuvieron un efecto básicamente oxigenante en la opinión pública: abrieron, de manera muy amplia, un debate fundamental para la democracia ya que, en el fondo, la cuestión se relaciona con el grado de aceptación que tiene en la sociedad mexicana la idea de que las mujeres accedan legítimamente a todas las posiciones de la política nacional. Por supuesto que a esta idea se vinculan otras subordinadas —pero no por ello poco importantes—, entre las cuales resaltan las siguientes: si el poder que ejercen las mujeres es o puede ser distinto al que ejercen los varones y en qué se basan las diferencias; si un ejercicio de poder por parte de mujeres no alterará el orden político fundamental relacionado con cuestiones tales como la separación de lo público y lo privado; si hay que repensar las tareas sociales repartidas sobre la base de un

esquema de género que ha librado a la sociedad civil y al Estado de ciertas responsabilidades que suelen cargar las mujeres sin ningún reconocimiento o retribución; si será inevitable la confrontación de un marco legal y normativo plagado de omisiones, huecos e iniquidades de género; si ya no podrán detenerse las impostergables reformas del Estado, electoral, fiscal, etc., para buscar un nuevo orden social y político que asegure la observancia de un régimen verdaderamente democrático que, por fin, tenga incorporada, en todos los ámbitos y planos, la perspectiva de género.

Como resultado del debate suscitado, dos libros se produjeron y se editaron en México en los primeros meses de este 2004. El primero es el libro titulado *El voto de las mujeres*, compilado por Sara Lovera y Yoloxóchitl Casas, editado por Grijalbo, que ofrece la visión de veintinueve mujeres respecto al tema del género y el poder, desde distintas posturas relacionadas

con la liga con el poder que tiene cada una de estas mujeres. El segundo, *Veinte preguntas ciudadanas a la mitad más visible de la pareja presidencial con todas y sus respuestas (también) ciudadanas*, de Sara Seidovich y editado por Coéano, que presenta un análisis del significado de las acciones y discursos de la señora Marta Sahagún de Fox, desde la óptica que proporcionan algunas temas centrales en el debate político nacional.

El primero es un documento que tiene valor en sí mismo, ya que se trata de la postura de 29 mujeres que explican su interés en la nación y su problemática. Estas mujeres, que tienen en común el rasgo de conocer la práctica de la política, lograron ponerse de acuerdo, reunirse y producir una serie de reflexiones que, si bien son fragmentos de un discurso no unitario ni homogéneo, después del trabajo de hilvanado y cosido que Sara Lovera y Yoloxóchitl Casas hacen sobre ellos,

parecen conformar un retrato del paisaje nacional hecho con ojos nuevos.

¿De quién son esos fragmentos discursivos? Lovera hace el recuento:

la antología contiene los escritos de las cuatro mujeres que han gobernado en el siglo xx alguna entidad de la República, entre las que destaca el gobierno de la ciudad de México; a un grupo de seis dirigentes nacionales de partidos políticos; a un grupo de ex legisladoras y legisladoras, diputadas y senadoras elegidas hace unos meses, pero con trayectorias políticas que avalan trabajo, ideología y militancia. [También reúne textos] de las feministas del conjunto, el de la única magistrada de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, y el de la esposa del presidente de la República [al igual que] las reflexiones de cinco funcionarias del gobierno foxista, entre ellas la única secretaria de Estado y la única subsecretaria de la cancillería mexicana (p. 6).

Como puede verse, el conjunto es diverso, plural y heterogéneo. Una vez más se constata que el hecho de compartir una anatomía de mujer no produce automáticamente ningún tipo de consenso, y menos cuando se trata de discutir temas ligados con cuestiones de gobierno y convivencia social, con la definición del "bien común" y de los derechos ciudadanos. No produce tampoco el ficticio alivio de alguna "identidad" que sostener, proteger o defender: ahí están esos sujetos femeninos que hablan de un tema de interés general y señalan las omisiones y los huecos del proceso de construcción de la democracia mexicana que tienen que ver con el género, pero desde los distintos lugares que cada una de estas mujeres ocupa y desde su perspectiva personal y política. Esto es lo que está detrás de aquello que se palpa como el más importante logro de estas reuniones: saber que, más allá de ser mujeres, se es sujeto atravesado por fuerzas que obligan a ne-

gociar, a pactar y a hacer alianzas en torno a puntos específicos y a intereses generales. Y éste es también el mayor logro de este libro, la enunciación de que lo único que puede tender vínculos reales entre estas mujeres diversas es la convicción de que hay que ponerse de acuerdo y que hay que pactar, lo cual significa que no se opera sobre la pretensión de alguna esencia transpolítica —ya que se trata de mujeres hablando del poder y de la política—, sino sobre el reconocimiento de las diferencias y, aun así, la necesidad de colaborar para construir un país mejor. Más aún: se propone una interacción política entre políticas, lo cual ha sido inusual en un contexto en el que el género todavía determina la creencia de que las mujeres se vinculan tan sólo afectivamente.

El aniversario número 50 del voto femenino en México fue una perfecta ocasión para poner en el escenario político nacional estos temas que, de diferentes maneras y por muchas ra-

zonas, constituyen el núcleo de una discusión cada vez más insoslayable en los amplios debates sobre la lucha por el poder, ya que pone el acento en dos cuestiones fundamentales: la construcción de la democracia y el sujeto de la democracia. En relación con la primera, se reconoce el valor de los procesos electorales como la principal vía para garantizar un gobierno democrático de la sociedad; respecto a la segunda, se abre un abanico de las posiciones de estas mujeres que señalan, desde distintos ángulos, la importancia de marcar el sexo del sujeto supuestamente universal y neutro de la teoría política: los sujetos son sujetos sexuales y, en esa medida, la democracia no es la misma para todos sus habitantes. Es decir, también en el instrumento democrático por excelencia, como es el sufragio, se juega el factor del género, tanto en relación con quienes ejercen el voto como con aquellos por quienes se está votando. Y más aún: el ejercicio del sufragio por parte

de las mujeres no es suficiente para garantizar una verdadera democracia, y mucho menos unas condiciones de equidad de género en las oportunidades para protagonizar el poder político.

Pero esta celebración permitió que, a fines del año 2003, estas mujeres importantes de la ciudad de México se reunieran en varias ocasiones con ese fin explícito. Pero, más que el festejo, lo que tuvo repercusiones más espectaculares fue la explosión mediática que se produjo alrededor de estas reuniones, las innumerables especulaciones sobre las "verdaderas" intenciones de esas mujeres, las opiniones –en los más diversos tonos– sobre lo que iba resultando ser "la voracidad política" de esas desocadas mujeres. Era inevitable notar que, entre la opinión pública (desde la más versada a los análisis políticos e intelectuales, hasta la más lega en la materia), había – por lo menos– inquietud respecto a qué sería lo que podía reunir a esas mujeres, que luego se convertía en

sesudos artículos irónicos, análisis pomposos plagados de frivolidades y furibundos ensayos. Dice Sara Lovera que lo que pasaba era que los medios no podían concebir que se reunieran mujeres de poder, con poder y por el poder, simplemente para festejar su ciudadanía y señalar lo que le falta a esa ciudadanía (p. 5). Y, no obstante las críticas y las burlas, el día 22 de octubre, en el Claustro de San Juan en el centro histórico de la ciudad de México, se realizó un acto celebratorio que reunió a muchas personas y donde, a pesar de las diferencias individuales, las mujeres que participaron parecían tener una misma voz. Porque... ¿Qué dice este discurso fragmentado en las bocas de estas distintas mujeres?, ¿qué es lo que inquieta de esta congregación de mujeres que hablan sobre el poder?, ¿hay algo que, de verdad, pueda escucharse como unitario o ese efecto lo produce solamente que es dicho por sujetos con cuerpos de mujer y que es reunido en

un solo texto?, ¿puede pensarse que hay algo "esencialmente democrático" en lo que esos discursos señalan, más allá de quien lo enuncie, por encima de su dispersión y su fragmentación?

Lo que las mujeres reunidas en esa ocasión escribieron, y con lo que participaron en el texto compilado por Lovera y Casas, sumado a lo que los medios agregaron a propósito de sus reuniones, es heterogéneo, tanto en su nivel de profundidad como en su forma y en su enfoque. A pesar de que el núcleo del tema era el voto femenino y sus cincuenta primeros años de ejercicio, éste es abordado de muy distintas maneras y ángulos: algunas de las autoras sostienen todavía la romántica posición maternalista que termina planteando que el mundo será "mejor" por el hecho de que sea conducido por mujeres; es el argumento más débil, probablemente: pintemos el mundo de rosa y, ya con eso, todo será mejor y quedará demostrado que si antes todo era gris era porque go-

beraban los varones. La ingenuidad de esta perspectiva es más que obvia, y los presupuestos esencialistas respecto a una supuesta "naturaleza" más humana, más justa, más amable y "buena" de las mujeres respecto a los varones, hace tiempo que ha sido demolida por los estudios de género que han mostrado que no hay "naturaleza" ni femenina ni masculina, sino construcciones sociales específicas para los hombres y las mujeres en contextos culturales determinados. Esta mirada que posibilita la perspectiva de género, anada a la perspectiva teórica que considera al poder como esa fuerza social que penetra a los sujetos y los mueve más allá de cualquiera de las diferencias sociales, que trasciende a los individuos pero que, al mismo tiempo, los conforma y los determina tanto en el nivel del cuerpo como en el nivel de las instituciones; que los atrapa e incorpora en la poderosa y ubicua red a través de la cual también circula, y que se introduce capilamente

en todo agente y estructura social, construye una forma de explicar lo que sucede con el género y el ejercicio del poder de una manera más compleja y —probablemente— desencantada, que es la que plantean otras de las mujeres que pueden leerse en este libro: aquella que marca que la ausencia de las mujeres en las estructuras de poder actuales en nuestro país es uno de los grandes huecos que presenta la labor de construir la democracia, pero que no es su único reto.

Encontramos también entre los textos de este libro posturas "reformistas" y posturas "radicales"; mientras algunas hablan de sistema de cuotas o de mecanismos para asegurar una representación equitativa en términos de género, hay otras que centran su cuestionamiento en la pertinencia misma del Estado como figura que actualmente pueda aún funcionar como centro de la vida social, lo cual introduce visiones relativas a la centralidad del mecanismo del sufragio y de quién lo

ejerza para construir un régimen realmente democrático.

Por supuesto que el texto muestra también las posturas que se toman respecto al viejo debate que suele fijar una frontera entre dos visiones: la igualdad y la diferencia. Algunas de las mujeres a las que podemos leer en este libro sostienen que lo fundamental es luchar por la igualdad de oportunidades, por la igualdad de derechos, por la igualdad de obligaciones, etc.; otras, sin embargo, se sitúan en la posición de que lo importante es la consideración de las diferencias y la inclusión de éstas en una visión de equidad.

Hay que leer, pues, este libro y hay que poner atención a los matices y las diferencias porque cada uno de ellos aporta pinceladas importantes en ese interés que supo aglutinar, aunque sea momentáneamente, la encomiable diversidad de estas mujeres: el esbozo de los huecos de nuestra democracia actual. Pero, por otra parte, porque es un documento importante que pone

en el mapa de los personajes influyentes de la nación a 29 mujeres que se han comprometido con la tarea de pensar qué es el poder, quién lo ejerce y con qué legitimidad, y para qué y cómo se busca. Esto sí que es novedoso y valdría la pena que los varones, siempre mucho más numerosos que las mujeres en el escaparate de los mencionados personajes influyentes de la nación, ensayaran el ejercicio.

Pero ésta es solamente una parte del fenómeno doble que se mencionaba al inicio: por una parte, estas reuniones de mujeres poderosas que consignan Lovera y Casas y, por la otra, el protagonismo de la "primera dama" de la nación. Este último fenómeno es el objeto de reflexión en el libro de Sara Sefidovich, quien continúa así su interés en el papel que desempeñan las esposas de los hombres poderosos en México ya mostrado en su anterior trabajo titulado *La suerte de la consorte* (Océano, México, 1999), y que justifica diciendo que estas mujeres "encar-

nan los modos de ser, pensar y vivir de las mujeres mexicanas en diferentes momentos de la historia y en sus distintos grupos sociales" (p. 13).

A pesar de que esta tesis es problemática por su efecto generalizador, el libro de Sefchovich es muy atractivo e ilustrativo; con un diseño original y ligero, con un estilo conciso y directo, Sefchovich hace una tarea que parece elemental pero que es, sobre todo, crítica y reveladora.

Si las reuniones de las mujeres poderosas de los últimos meses del 2003 levantaron tantas especulaciones y tanto derramamiento de tinta en la prensa nacional, las actividades públicas de Marta Sahagún no se quedaron atrás. Era realmente impresionante constatar cómo las plumas más versadas e inteligentes, así como las voces más elocuentes de la opinión pública y los exitosos periodistas radiales o de televisión, eran capaces de mostrar la misoginia más recalcitrante a partir de estos fenómenos. Sin entrar en la dis-

cusión de si la manera de hacer las cosas de Marta Sahagún era válida, legítima o "adecuada", lo que es indudable es que su irrefrenable aparición en público en las más variopintas situaciones y mostrando un desparpajo insólito para una "primera dama", provocaron un fenómeno en la opinión pública que fue de lo más interesante y revelador. Ante la provocación que el asunto planteaba (y que llegó a formularse con la pregunta de si la sociedad mexicana "estaba lista" para tener una presidentita), las respuestas fueron tonrenciales y abrumadoras, además de sorprendentes. Algunas, claro, eran totalmente propias y contenidas en la forma, dando argumentos irrefutables y llenos de información legal o académica para sostener que no puede haber todavía una presidentita; otros utilizaban la sorna y el retintín machista, buscando la complicidad de los lectores "inteligentes" (esto es: los que coincidieran con ellos) para descalificar a la señora Sahagún; otros más

dejaban aflorar la misoginia más florida y grosera con la intención de usar el ejemplo de los desatinos de la "primera dama" para fundamentar el prejuicio de que no hay mujeres "buenas para la política" ni para nada que tenga que ver con lo público. Pero de entre todas las críticas, las más impactantes eran las de las "mujeres inteligentes" pero —que quede claro— nada "feministas" que ridiculizaban a Marta Sahagún desde los planos más frívolos (como la ropa que usa o cómo habla), hasta los más "serios", como pueden ser sus auténticas intenciones de pelear por la silla presidencial.

Pues es que el dicho marca que "detrás de un gran hombre hay una gran mujer"; y en este dicho lo importante es la palabra "detrás". Una correcta "primera dama" tiene que lucir, precisamente, los atributos más depurados y ejemplares de ese ideal, de una *dama*: tiene que ser disciplinada, discreta, solícita, aquiescente, elegante pero sobria, hueca pero resistente, lis-

ta pero no más para las necesidades domésticas, preocupada por los demás pero sin capacidad de acción y, sobre todo, nada protagónica. Y bueno, Marta Sahagún no hizo bien ese papel; prefirió inventarse uno nuevo, lo cual fue un abierto desafío a los códigos no escritos en todos sentidos.

Independientemente de si la mujer del presidente Fox es, en sí misma, inteligente, capaz, ilustrada, experimentada o lo que sea, es obvio también que el forro del malestar vociferante general no estaba fundamentado en eso, sino en que se trataba de una mujer y, en esta ocasión, de una mujer que, legítimamente o no, se encontraba en una posición en la cual el poder estaba en sus manos y del cual se servía sin pudor. Ésos sí que son excesos.

Sin embargo, hay que decir que no todas las críticas eran infundadas o centradas en el hecho de que la señora Sahagún fuera una mujer; muchas apuntaron cuestiones fundamentales

relativas a asuntos tales como la legitimidad del uso de recursos públicos para actividades de promoción personal; o a la conveniencia legal de que la esposa del presidente pueda aspirar a ser candidata a ese mismo puesto o a otras cuestiones relevantes. No obstante, más allá de lo que Marta Sahagún pretendía con su protagonismo, lo que produjo, de manera indudable, fue obligar a la opinión pública a pensar totalmente en serio en la posibilidad y las implicaciones de que una mujer llegara a la presidencia de la República y eso es ya un fruto que hay que reconocer y agradecerle a la señora.

En este ambiente cargado de opiniones y diatribas, el libro de Sefidovich es el intento más lúcido por hacer un análisis crítico de las actividades de Marta Sahagún desde una perspectiva ligada a los verdaderos temas de pre-

ocupación en la política nacional, tratando "de entender desde una perspectiva amplia el sentido y significado de los asuntos sobre los cuales la señora Fox ha decidido intervenir y el modo como ha decidido hacerlo, dado que ello impacta y afecta a nuestra vida como sociedad".

La autora utilizó tres tipos de fuentes para amarrar su texto: académicas, periodísticas y "las de la calle", y propone una escritura "sin oscuridades" para poder "echar luz sobre los temas que se tratan", buscando las respuestas a veinte preguntas que bordean la actuación pública de la señora Sahagún. El resultado es un texto muy interesante, de fácil lectura y lleno de información relevante sobre la vida política mexicana actual que deja, además, que las conclusiones queden a cargo de los lectores.